

XXX

Hacia el fin de Diciembre, despues de seis semanas de lluvia, de nieve y de oscuridad, quiero darme ocho dias de expansion, que voy á pasar en el Mediodía, en el país donde el otoño reina todavía.

Salido de París á las siete y cuarto de la noche por el tren rápido, llego á Marsella al dia siguiente á las diez; almuerzo en la estacion; tomo otro tren, y entonces empieza, no ya una nueva carrera á través del espacio, sino un paseo maravilloso. Las brumas del norte y del centro de la Francia se han disipado; solo algunas pequeñas nubes, blancas, transparentes, cruzan el cielo de un azul claro; la mayor parte de los árboles tienen aun su ropaje, y en un cercado plantado de naranjos que linda con la vía, encuentro una familia de golondrinas, huésped de mi jardín el verano último.

¡Ah! creed que no se piensa entonces en leer los periódicos comprados la víspera en el momento de

partir. Tendido sobre una banquetta, con el cigarro entre los labios, el cristal del wagon abierto, mira uno con avidez, admira con toda el alma. Parece que el invierno ha desaparecido, que ha vuelto la primavera; la cabeza está más despejada, el corazón más animado! se aspira el sol, se renace á la vida.

Durante este paseo de muchas horas, el tren que le lleva á uno apenas se desvia del Mediterráneo. Se complace en seguir todos los caprichosos contornos de la costa; se diria que fatigado de su largo trayecto por el interior de las tierras de París á Tolon, quiere bañarse en el mar, zambullirse en él por completo. Y en efecto, por momentos se zambulle; la ola le alcanza y le envia cuando pasa su espuma y su musgo. Encuentra una pequeña bahía, y en lugar de rodearla, se lanza sobre el puente que la atraviesa y se encuentra rodeado por el mar. Se vé uno á derecha, á izquierda, por delante, por detrás, y si uno se inclina, le vé tambien á sus piés.

¡Y qué vida sobre este mar; que animacion sobre toda la costa! Aquí, una flotilla de barcos pescadores con sus velas blancas y encarnadas; allí, un *yacht* de recreo de elegante construcción; más lejos, un gran buque bogando hacia la Italia; más lejos aun, en los últimos confines del horizonte, el vapor en camino para el Egipto ó las Indias. Luego, en primer término, sobre la ribera, pescadores que tienden sus redes, una canoa que botan al mar, una aldea en la

que se celebra fiesta, mujeres recogiendo los últimos frutos de un bosque de limoneros.

Y el tren marcha siempre sin gran precipitación, como para dejaros admirar, atravesando pequeñas aldeas que ya tienen el sello italiano, rodeando montañas, penetrando en un llano para volver un instante después á buscar sus queridas riberas.

A las cuatro, después de este viaje encantador, llega á Niza. Allí echo pié á tierra, entrego el tañon del equipaje á un empleado, y héme ya en la avenida de la estación, un verdadero boulevard parisien con sus árboles, sus almacenes, sus hoteles, su movimiento. Al cabo de diez minutos, llego á la plaza de Marsena, al puente que está enfrente, y en seguida al paseo de los ingleses. ¿Me dirigiré por la derecha, hácia el lado de los colejos y de las quintas? ¿Seguiré este terraplen, situado en pleno Mediodía, bañado por las olas y al cual dan sus palmeras un aspecto tan pintoresco?

No; me dirijo á la izquierda, sigo la prolongación de este terraplen, costeo las Ponchettes, y no me detengo hasta el pié del montecillo de rocas que por aquel lado limita el horizonte. Delante de mí se eleva un hotel que dá frente al mar y esta casi bañado por él. Desde sus ventanas, algo inclinadas hácia Poniente, se distingue todo el hermoso paseo que acabo de dejar, y á lo lejos, adelantándose en las olas, como un promontorio, grandes montañas cuyas cimas están

nevadas. Es el hotel de los príncipes, mi hotel favorito, dirigido por Isnard, persona muy amable é inteligente. Su casa participa del *boarding house* de los americanos y del *family hotel* de los ingleses; allí solo se instala uno durante la estación, ó algunas semanas, y puede estar seguro de hallar buena cama, buena mesa, buenos rostros y buen sol.

Esta vez, no habia hecho el viaje á Niza solo por proporcionarme este placer; fui á ella por conocer el fin de este relato y escribir mi último capítulo. Porque no habeis leído una novela, habeis leído una historia, un poco dramatizada, pero de la cual son exactos todos los detalles. Me fué referida seis meses antes por uno de mis amigos, bolsista parisien retirado de los negocios, que pasa todos los inviernos en el Mediodía. Habia encontrado en Monte-Carlo á Mme. Leroy, á la cual conocia, y presumiendo habia un misterio en su llegada inesperada, su juego febril, su partida precipitada, habia interrogado, hecho algunas pesquisas, averiguado una parte de la historia, inventado la otra sobre datos verosímiles, y me lo habia dado todo ello rogándome únicamente que cambiara los nombres. Desgraciadamente, asuntos que me llamaban á París, interrumpieron la última parte de esta narración. Era este epílogo, que como historiador concienzudo, venia á pedirle hoy.

Advertido de mi llegada á Niza, mi amigo corrió á verme por la mañana temprano. Le instalé en un

pequeño salon, bañado por el sol, cerca de un balcon abierto, y entregándole mi manuscrito: «Leed le dije, es vuestro relato fiel; ordenado por mí, de la mejor manera posible.

El leyó mientras que yo escribía algunas cartas, y una hora despues, me devolvió mi prosa diciéndome:

—Está bien, teneis buena memoria.

—¿No es verdad? ¿Para qué inventar cuando se puede referir?... ¿Creeis que este libro tendrá éxito?

—Sin duda. . Pero un éxito moderado. Vuestro relato es demasiado moral. Los lectores tienen en vos algunas esperanzas que engañais aquí.

—He engañado con frecuencia esas esperanzas, respondí yo. Para dos libros un poco más atrevidos que los demás, de ideas algo más libres, he escrito veinte, donde los más timoratos no hallarian nada porque reprenderme, sin embargo me han leído.

En menores proporciones. Solamente veinte mil personas, han recorrido vuestras obres morales; cien, doscientas, mil han devorado las que pasan, muy injustamente segun mi opinion, por no ser estas últimas; son pues, más conocidas, y las que os hacen notable.

¿Pero es el proceso de los lectores, el que emprendeis ahora?

De ninguna manera, ellos toman el placer donde le encuentran. Hago constar solamente que lo encuentran con más agrado en el libro donde criticais

un vicio, que en aquel en que coronais una virtud. Esto se explica: antes de criticar, es preciso pintar, y el cuadro del vicio se presta á hermosos efectos de luz. El cuadro de la virtud, al contrario, tiene por fuerza, necesidad de tonos ménos vivos, de colores ménos ardientes, de ménos brillo. Además, si uno es virtuoso, ¿á qué leerlo? vuestro estudio no enseñará nada; no se os necesita. Si uno no lo es, ¿á qué ir á buscar en el libro una malidicion ó una reconvenccion? Por lo tanto, mi querido amigo, para vuestra última obra, resignaos á tirar un corto número de ejemplares. En fin, volvamos á vuestra historia, pues supongo no la creereis terminada. El asunto de los cien mil francos quedó arreglado; pero, ¿qué ha sido de todos estos personajes?

—Cuento, querido amigo, con vuestra amabilidad para que me lo digais, puesto que vos los conoceis y me habeis referido su historia. No quiero inventar nada, quiero saberlo todo de vos.

—Sea en buen hora... Seis semanas despues de la escena del capítulo 29, Alicia de Servan se unió á Mr. Markett.

—Me lo sospechaba .. y los lectores tambien.

—¿Viven reunidos ambos matrimonios?

—Casi, casi, en la misma casa, en el primero y segundo piso. Los he visitado en mi último viaje á París. Se adoran de amistad los cuatro, y de amor dos á dos en cada piso.

—¿Y Mr. de Céry?

—Se asegura que se ha operado en él un gran cambio desde su última aventura, y que será fácil, cualquier día, que se enlace con una bonita rubia, una viuda cuyo marido se suicidó hace algun tiempo. En varios salones, se hablaba de la acogida que tendría la dama, cuyo nacimiento y antigua posición social dejaban que desear; pero Mme. X... declaró que la recibiría y todas las dudas desaparecieron.

—¿Y el bolsista? el amigo de Mr. de Céry, aquel que le siguió á Monte-Carlo jurando que jamás jugaría ni se dejaría tentar por la ruleta, y que...

—Yo, no es esto, yo; que me presentais bajo el nombre de Dorliac... ¡Si creéis que no me he reconocido!... Pues bien, ya lo veis, he dejado la bolsa y habito en Niza durante el invierno.

—¿No vais nunca á Monte-Carlo?

—Al contrario, todos los días, en cuanto me levanto, y regreso por el último tren, cuando no paso allí la noche... ¡Ah! ¡la ruleta, querido mío, la ruleta, qué atractivo tiene!... Juego tres números, el cero, el trece y el treinta y seis... Si supieseis cuanto me tienen engullido... Pero ahora caigo, ¿no me preguntais sobre el principal personaje de vuestra historia, el conde de Servan? ¿No teneis curiosidad de saber lo que ha sido de él?

—Sí, por cierto. Precisamente iba ha hablaros de él; le reservaba para lo último.

—Pues bien, querido, no lo creereis, está... A propósito, ¿habeis almorzado?

—No ¿y vos?

—Tampoco. Entonces bajemos, tomaremos un carruaje, nos haremos conducir á la estación, y dentro de una hora almorzaremos en Monte-Carlo.

Lo que acabábamos de decir, fué hecho... Durante el almuerzo, en el Hotel de París, quise interrogar de nuevo á Mr. Dorliac sobre el conde de Servan.

—¿Para qué hablaros de él? me dijo. Dentro de un momento os le mostraré y vereis lo que hace.

—¡Cómo! ¿Todavía está aquí?

—¡Pardiez! Habita el viejo Mónaco á donde un ómnibus va á buscarle todas las mañanas. Al sonar las once y media precisamente, descenderá en la plaza, delante del casino. Para esperar su llegada, os propongo echemos un golpe de vista sobre las construcciones modernas. Desde nuestro último viaje, Monte-Carlo que ya era maravilloso, se ha embellecido, por mejor decir, se ha trasformado bajo la inteligente inspiración de Mme. Blanc y de sus auxiliares. Sobre la roca que pisamos en este momento, en otro tiempo árida como las montañas vecinas, Mr. Blanc fundó una ciudad, y su viuda acaba de elevar un soberbio edificio consagrado á la música, al baile y á la literatura.

Empezó por llamar á Garnier, el arquitecto de la Ópera, y en vez de regatearle y señalarle un lí-

mite, le dijo: «Haced una cosa grande, hermosa, lo que os dicte vuestra inspiracion.» Garnier soñó una Alhambra, un palacio oriental, á juzgar por sus flechas, sus minaretes, sus campaniles, sus estátuas, sus medallones, su mosaico, sus bronce y sus porcelanas; francés, fijándose en la unidad de la concepcion, en la arista de las siluetas, en la amplitud y correccion de las líneas. Es una miscelánea, una confusion de diversos estilos modificados por Garnier, apropiados por él, que los ha hecho suyos, porque seguramente llegará un día en que se dirá: «el estilo Garnier,» como hoy decimos «el estilo del Renacimiento.»

—Hablais como un verdadero arquitecto, observé á Dorliac.

—Qué quereis, me respondió; cuando pierdo hasta el último luis y necesito esperar al tren de Niza, vengo á instalarme en este sitio, frente á este monumento, estudio y admiro... Garnier me hace olvidar las crueldades de la suerte... Explendor arquitectónico, montañas soberbias, mar azulado, cielo azul, bosques de palmeras, todas cuantas bellezas nos rodean, no tienen si no un solo objeto, consolar á los arruinados... Pero acabemos; la hora se acerca. Solo nos queda tiempo para echar una ojeada por la sala.

Entramos y quedé admirado por las disposiciones interiores. Es imposible soñar más grandeza, más

sencillez, ni más comodidad con mayor lujo. Ni ventanas, ni balcones, ni galerias, sino muros con líneas atrevidas y graciosas, adornados con inmensos espejos, con magníficos paños decorativos, con figuras alegóricas y estátuas firmadas por nuestros primeros artistas; en sus arcos avialados, de una gran extension, pinturas de Boulanger, de Feyen-Perrin y de Six. Se podrian dar en esta sala fiestas reales, y bien pronto acudirán de todos los puntos del globo á Monte-Carlo, no solo para jugar, sino para recrear la vista y la imaginacion. El amor al arte, que es una virtud, triunfará del amor al juego, que es un vicio... y de este modo, una vez por casualidad, engendrará el vicio una cosa buena.

Aun estaba yo admirando, cuando Dorliac, tomándome por el brazo, me llevó hácia el casino. Como en otro tiempo, despues de haber subido los diez escalones del antiguo edificio, hallé el pequeño descanso, sobre el cual se abrian las salas de juego y de concierto. Pero no está ya dividido por un muro, sino que desemboca en un vasto átrio con galería de unos treinta metros de largo por quince de ancho, sostenido por veintiocho columnas. La luz descende por las vidrieras del techo, y en los arcos avialados de las dos extremidades de la sala, están colocados dos hermosos cuadros de Jundt.

—Venid, me dijo Dorliac, veo al conde de Servan.

Me condujo por el antiguo pasadizo, al mismo

tiempo que atravesaba una procesion. Se componia ésta de criados con librea, marchando de dos en dos y llevando unas cajas de pino, que parecia iban escoltados por otras personas que los seguian en traje de calle y sin sombrero.

—¿Qué encierran esas cajas? pregunté á Dorliac; ¿á dónde las llevan?

—A las salas de juego, querido amigo. Son siete segun podeis ver; lo cual significa, que hoy tendremos cinco mesas de ruleta y dos de treinta y cuarenta. Cada una de las destinadas á la ruleta, contiene, en billetes de banco, monedas de veinte francos y de cien sueldos, sesenta mil francos; las de treinta y cuarenta contienen doscientos mil. Ésos señores unidos á la procesion, son los jefes de partida. Ahora abrirán esos cofrecillos, comprobarán el contenido, firmarán la hoja de caja y extenderán sobre la mesa el oro, la plata y los billetes; hecho esto, es cuando dará principio el juego.

—Pero ¿y el conde de Servan?

—Vedle allí; dispuesto á entrar en los salones.

—Le reconozco perfectamente, digo yo. No quiere perder ni un segundo. ¿Pero cómo tiene aun dinero para jugar?

—Nunca se ha encontrado en mejor posicion ni más á su gusto, me contestó misteriosamente Dorliac.

Hablando, hablando, habíamos llegado á la puerta situada á la izquierda en el extremo del átrio que

conduce al primer salon de juego. El conde ya habia atravesado este salon; hicimos lo mismo y penetramos entonces en la galería morisca, existente ya en otra época, pero ampliada y terminada ahora.

Aun no habia empezado el juego: segun me habia anunciado Dorliac, en cada mesa confrontaban el contenido de los cofrecillos, colocaban el dinero, despojaban á la ruleta de la funda que la cubre durante la noche, y nivelaban con gran cuidado el cilindro para que la bola no tuviese tendencia á caer más sobre una parte que sobre otra. Los inspectores circulaban vigilando de reojo todas aquellas operaciones. Pero no se veia en cada mesa más que el grupo de empleados que les estaba destinado: el jefe de partida, los que tallaban en la treinta y cuarenta, ó los empleados cuya mision es arrojar la bola en el cilindro, recoger el dinero desparramado sobre la mesa ó pagar á los jugadores que ganan. Estos empleados, que el público se ha acostumbrado á llamar *paleteros* ó *mirones*, tienen asignado un sueldo que varia entre seis ú ocho mil francos. Esta cifra no es exajerada, si se tiene en cuenta que el cargo de *paletero* no puede ser desempeñado por el primero que llegue. En la ruleta, particularmente, se necesita una gran costumbre para pagar ciertos golpes sin cometer un error. A veces, un número se halla cargado con diez puestas diferentes, y segun la disposicion de estas, los jugadores deben de recibir sumas proporciona-

das, cuya cuenta, bastante difícil de hacer, es necesario se haga con viveza, si no se quiere detener el juego.

El verdadero paletero, debe de estar dotado de excelente memoria, á fin de reconocer al jugador que el día antes haya cometido alguna supercheria, y de un gran tacto para distinguir al ratero, del hombre honrado, y hacer expulsar al primero haciendo justicia al segundo.

Entre tanto que se preparaban las mesas, los jugadores impacientes, se adelantaban, señalaban su sitio ó se sentaban para no faltar á la apertura.

El conde de Servan se habia instalado ya en uno de los extremos de una mesa de ruleta, y tenia en la mano una paleta, que sin duda debia de servirle para colocar sus puestas sobre alguno de los números. Llevaba una levita, ya algo usada, sobre todo por las mangas; pero de un corte elegante. Su chaleco cerrado, se unia á una larga corbata, destinada, sin duda, á ocultar una camisa dudosa. Delgado, alto, derecho, conservaba aun buen aire, y á primera vista, nadie le supondria más de cincuenta años. Acaso fuera esta su edad; pero cuando se le examinaba atentamente, era preciso reconocer que tenia más. Algunos mechones de cabellos grises le cubrian las sienes y la parte posterior de la cabeza; profundas arrugas surcaban su frente, sus ojos conservaban aun alguna viveza, pero estaban encarnados, fatigados.

—El juego ha empezado, me dijo Dorliac, la bola está dando vueltas en el cilindro, observad á Mr. de Servan.

—No hago otra cosa, repliqué yo; solo á él es á quién estudio.

—No os ocupeis de su presencia y reparad los jestos que hace.

—¡Bueno! Ya adelanta con su paleta cinco luises sobre un cuadrado. ¡Cómo juega aun puestas considerables!

—Mirad.

—¡Ah! el veinte ha salido, ha ganado... le pagan... lleva su dinero... ¡Calla! aquel caballero colocado á su espalda se apodera de su puesta... ¡Pero no, si le pertenece á él! Le he visto perfectamente colocar su dinero... voy á...

—Calmaos, amigo mio, me dice Dorliac, y sabed al fin la verdad, que no os la suponeis... No es su dinero el que el conde acaba de llevar á la ruleta, es el de un jugador tímido que se lo entrega para que le coloque con la paleta... Mr. de Servan no juega ya por su cuenta; ya no tiene derecho para eso, porque hoy es empleado de la administracion. Es el paletero.

—¡Un paletero! ¡él! ¡él!

—¡Dios mio, sí, él, el conde de Servan.

—No vuelvo en mí. Yo esperaba verle bajar cada vez más, pasar de los círculos á los garitos y hacer-

se recojer algun dia en el fondo de algun chiribitil clandestino por la policia de los juegos... pero despues de haber sido durante su vida el enemigo encarnizado de los casinos de todos los países, de no haber perseguido más que una idea, la de hacerlos saltar, arruinarlos, enriquecerse á su costa, verle ahora convertirse en su asociado, su servidor, me cuesta gran trabajo convencerme.

—El azar lo hace todo, y acabareis al fin por no admiraros. ¿No ha sido siempre el azar el que ha dirijido las acciones del conde? ¿No ha confiado siempre al azar el cuidado de hacerle vivir? Su voluntad como la de todos estos hombres, ¿se ha ejercido alguna vez en cualquier otra cosa? Nunca. No ha obedecido más que á su instinto que le arrojaba todos los dias y á la misma hora en las mismas casas, haciéndole dar vueltas en el mismo círculo.

—Sí, teneis razon. Pero esta vez, por qué casualidad...

—Pues es muy sencillo. Algunos dias despues de la aventura que os he referido, Mme. Leroy cometió la debilidad de enviar varias sumas al conde para que regresara. El conde jugó el dinero del viaje, le perdió y no volvió. Nuevos envíos, nuevas pérdidas. Al fin se cansó, y otro se hubiera cansado mucho antes... En este tiempo, las cuentas del hotel, del restaurant y del café aumentaban á simple vista. Mr. de Servan, tenia una deuda en la tabaqueria,

otra con el peluquero, otra con los cocheros y muchas con los usureros grandes y pequeños. Siempre con la esperanza de recobrar lo perdido, todos aquellos que recordaban su esplendor, tenian alguna confianza en él y le prestaban. Se le vió hasta en las cocinas del Hotel de París persiguiendo á un pinche que sabia poseia algunas economias. Pero todo se acaba entre esa clase baja, hasta el crédito. Un dia, todas las bolsas y todas las puertas se cerraron para él; las de los hoteles, las de los restaurants, las de los cafés... y, para colmo de su desdicha, las del casino. Ya no podia entrar en él, ni aun para ver jugar.

—¿Por qué? ¿Habia cometido alguna falta en el juego?

Nunca. En eso, hasta el último momento, ha sido de los más honrados. Pero la administracion le habia prestado dinero que él no le devolvía; le habia anticipado tres veces los fondos necesarios para su vuelta á París, pero no lo habia hecho... Luego, le sorprendian sin cesar pidiendo un luis prestado y aun una moneda de cinco francos, hoy á unos y mañana á otros. La entrada en el casino le fué interceptada, lo cual no era más que administrar debidamente.

Ved, pues, de que modo se halló el desgraciado conde, errante en Monte-Carlo, sin un céntimo, sin domicilio, agobiado por sus muchos acreedores... ¡Y qué suplicio! Encontrarse constantemente frente al tem-

plo de la fortuna que para él estaba cerrado; escuchar á través de las ventanas entreabiertas, estas palabras mágicas: «Haced vuestro juego, caballeros,» y no poder hacer él suyo; entrever los billetes de banco, los montones de luises, las pilas de escudos, y no poseer ni una moneda de cinco francos... para perderla.

Y ni aun le quedaba el recurso de huir de su antiguo paraíso, convertido para él en paraíso perdido. Sus numerosos acreedores, que se conocían todos, se unían y hacían la cuestión general, no permitiéndole pasar al extranjero. Le guardaban en prenda. Monte-Carlo se había transformado en prisión por deudas.

Entonces, viéndole abatido, arruinado, y casi hambriento, alguno debió decirle: La administración quiere instalar una nueva mesa de ruleta, y necesita empleados; ¿por qué no solicitais una plaza? Acaso os admitieran, tendrías un sueldo de seis ú ocho mil francos, y entrarías en el casino con los honores de la guerra.

Esta proposición fué mal acogida. El que se había permitido hacerla, pudo creer por un instante que iba á ser estrangulado por Mr. de Servan. Todo el orgullo que quedaba en el conde, se despertó en aquel momento. Palideció horrorosamente, sus dedos flacos y largos (como son generalmente los dedos de los jugadores de nacimiento), se crisparon, se cerraron de una manera nerviosa, hundiéndose las uñas en la carne.

Sin embargo, el golpe estaba dado, ya se había producido el primer efecto. A la cólera y á la irritación, sucedería la calma, luego la reflexión, después la necesidad... Resistió algunos días; acaso hubiese resistido más si no se hubiera tratado de morir de hambre. Pero podía entrar en el templo, ver jugar, sentarse delante de una mesa, manejar una paleta, colocar una puesta, esto era volver á su esfera, y fué á proponerse á la administración.

Esta puso algunas dificultades. El primer deber de los empleados, es el de no jugar nunca: ¿podía esperarse esto de Mr. de Servan? Prometió, juró, y entonces el director de los juegos comprendió que el aspirante, si llegaba á ser aceptado, sería de preciosa utilidad; conocía á maravilla á todos los jugadores, y para calcular de un golpe de vista la suma de una puesta, y para pagar las jugadas más complicadas, no tendría rival. En fin, Mr. de Servan obtuvo la plaza, se reconcilió con sus acreedores, y entró de simple paletero en este casino, donde con tanto esplendor había brillado en otro tiempo.

—Pero, ¿sufrirá con la idea de no poder jugar!

—No lo creáis así. Sirvaos de gobierno, que aun encuentra medios para perder la mayor parte de sus sueldo.

—Sin embargo, ¿me habeis dicho que le está prohibido terminantemente?

—Es verdad. Pero no pueden impedirle que con-

fie ocultamente algunas monedas de cinco francos a un jugador complaciente y discreto que juegue por él á su vista, en su mesa, durante su servicio... Además, la mitad del tiempo, aturdido por el ruido, por la bola que circula, por el cilindro y por el choque del dinero, se imagina que juega por su cuenta; las puestas que le encargan coloque ó que retire, las cree suyas; sus dedos se crispan, brilla su mirada, late su corazón, vive en fin, de la vida de los demás, despues de haber vivido tanto tiempo de la suya.

—¿Conoce su familia su nueva posición?

—Sin duda.

—¿Y no dice nada?

—¿Y qué quereis que diga? ¿Qué va á hacer? Arrancarle de aquí. ¿Consentiría él? Además sería necesario, no solamente mantenerlo, sino mantener su pasión. Esto sería ruinoso... En Monte-Carlo se encuentra en país extraño, lleva un nombre de importancia y se compromete menos peligrosamente, y sobre todo, hace menos gastos que en París. Cuando sea demasiado viejo para... ejercer, sus hijas y sus yernos le harán entrar en cualquier asilo, ó estad seguro, aun sabrá organizar partidas de *baccarat* y tallar algunas bancas de á cincuenta céntimos. Morirá como ha vivido, con una paleta ó una carta en la mano, gritando «juego» ó diciendo con voz apagada: «No juego más.»

—Es sensible, murmuré yo.

—Sí, sensible, dijo Dorliac, ¡pero qué ensañamiento!

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, se precipitó hácia un sitio que quedaba libre en la mesa de la ruleta.

—¿Es así como aprovechais vuestros consejos? le dije acercándome á él.

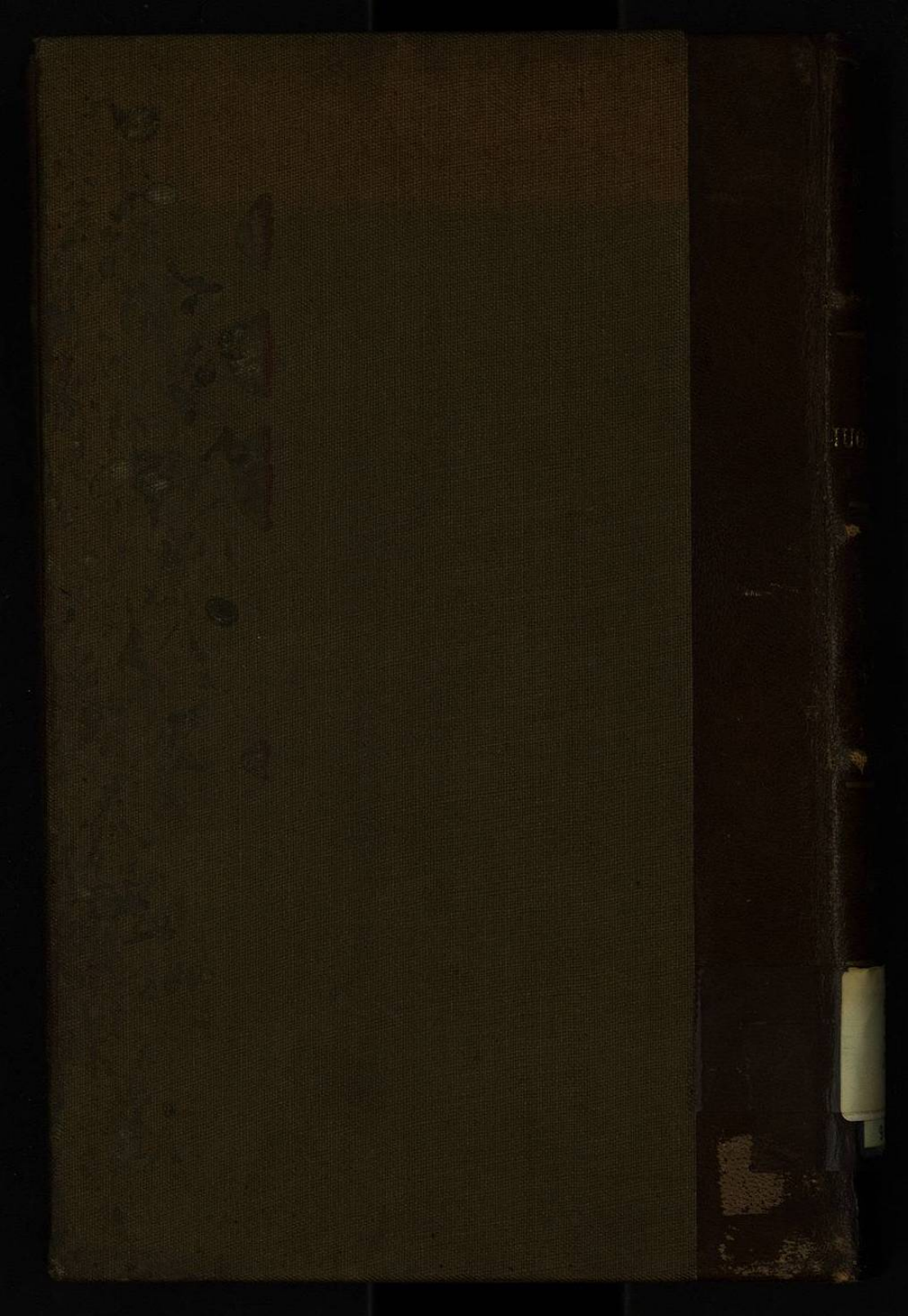
—Dejadme, dejadme, me gritó, no se hacen observaciones á un jugador, porque eso le atrae la mala suerte.

Él lo era consumado. Me alejé de allí, temiendo volverme tan loco como él estaba, y perder en una hora á la ruleta el precio de este estudio.

—¡Este estudio!... Se me ocurre una duda al terminarle. ¿Debe llevar por título UNA JUGADORA?

Mme. Luisa Leroy, no jugó en su vida mas que una sola vez, y entonces fué por casualidad. Es cierto; pero de aquella casualidad nació la idea de este libro, y creo que sin inconveniente, puede conservar el título que lleva.

FIN.



Viene en seguida uno á quien sobrenombran «el agente de los boulevares.» Tiene su domicilio en casa de Bignon, y allí recibe sus órdenes de bolsa y despacha su correspondencia. Su clientela se compone principalmente de artistas célebres y de mujeres de la aristocracia. Así, para ocupar el lugar que le es productivo, asiste á todas las primeras representaciones, toma parte en todas las fiestas parisienses y en ellas desempeña perfectamente su papel haciéndose apreciar.

El tercero, Z..., es alto, delgado, de aspecto flemático, de maneras distinguidas y algo pensativo. Lleva inclinada hácia atrás su cabeza desnuda, con la vista dirigida al cielo y parece siempre ocupado por alguna idea gigantesca. Es miembro del círculo imperial y habita en el hotel del círculo. Por la mañana, se dirige á sus escritorios, situados en el centro de París; da una vuelta por la Bolsa y vuelve al club, donde da audiencia á sus principales clientes llenando de notas su cartera.

En fin, á continuacion de estos señores citaremos dos agentes bien conocidos, de los cuales el uno ha sido condecorado por haber desempeñado durante la *commune*, el gobierno de Versalles; y el otro, ha sido gratificado en la misma época y con igual favor, por haber hecho lo contrario; es decir, por haber permanecido en París para representar á la compañía de los agentes de cambio.

El concierto en esta noche tocaba á su fin; las mujeres sentadas en el gran salon, formando un semicírculo alrededor del piano, empezaban á sofocar, ocultándolo con sus abanicos, algunos bostezos y á echar miradas oblicuas sobre la parte masculina de la asamblea, de la cual estaban separadas hacia una hora. La señora X... comprendió, que para retener á sus convidados en su sitio, para hacerles aceptar todo su programa, era necesario dar un gran golpe, animar á la concurrencia y excitar su entusiasmo. Dirigióse, pues, á la señora de un médico célebre, la señora de Z..., la cual es conocida con el nombre de «la frecuentadora de los salones», la rogó se hiciese oír, sufrió una negativa bastante seca, pero no se desanimó, insistió, suplicó y triunfó de todas las resistencias como ella esperaba; además, la señora de Z... gustaba de ser rogada.

Se vió entonces levantarse y dirigirse al piano una señora enjuta, casi vulgar y de maneras masculinas. Su rostro, nada tenia de notable, la boca era agradable, pero grande, llevaba un peinado muy raro, muy alto, con grandes bucles que caian cubriéndola los hombros y parte del pecho. Ni Wortk, ni Raudnitz, consentirian en dibujar su tocado, que lleva bastante desdeñosamente, aunque como una mujer á quien el arte pone á cubierto de la moda.

Acaba de llegar al piano y toma posesion de él sin que nadie se presente para acompañarla. En